



A. Solyenitsin: "Pabellón de Cáncerosos"

6497 El Mercurio, Stgo. Dgo. 8 de

Por IGNACIO VALENTE

marzo de 1970. p. 3.

He aquí una obra que renueva la gran tradición de la novela rusa en sus cinco centenares de apretadas páginas, su innumerable secuencia de realistas personajes, su monumental diseño del mosaico soviético actual, su aliento rebelde y su dolorosa profundidad moral. El autor, recluido a trabajos forzados en 1953, rehabilitado más tarde, y luego expulsado de la Unión de Escritores Soviéticos e invitado a abandonar Rusia por su inconformismo, permanece hasta hoy en su país y en el corazón de la tragedia que enjuician sus novelas, si bien ha debido publicar ésta en Occidente, a diferencia de "Un día en la vida de Iván Denisovitch", conmovedor testimonio que en 1962 se benefició de un efímero permiso en días de mayor liberalidad.

En "Pabellón de cáncerosos" el lector no encontrará, por cierto, la compacidad formal de lenguaje y de perspectiva a la que nos tiene habituados la novela actual. Encontrará, en cambio, bajo la sencillez de sus grandes líneas estructurales la presencia viva del sufrimiento, de la reflexión sobre la trascendencia, y de las pasiones inmemoriales de la condición humana. Movilizan estas pasiones a una extensa galaxia de personajes, casi todos ellos enfermos o médicos o subalternos de un pabellón de cáncerosos, en alguna remota provincia asiática de la Rusia soviética.

El curso del relato es azaroso, siempre dentro de un marco lineal, o si se quiere, espiral. Toma el hilo de un personaje, lo desarrolla un tanto, pasa a otro sin necesidad de una conjunción interna, según elecciones hechas desde un punto de vista exterior. La acción es narrada desde fuera por el tradicional observador que lo sabe todo, que penetra en el corazón de sus personajes y aún por debajo de su propia conciencia ("Nada de esto fue consciente en Kostoglov, loco se resumió en un viraje de su mente lejando..."), y que incluso habla a veces en primera persona, no siendo partícipe de la historia misma, sino tan sólo el imaginario espectador universal. La verosimilitud no reside, pues, en una perspectiva novelística convincente (el problema narrativo de los puntos de vista internos al propio relato no parece preocupar a Solyenitsin), sino en un calor vivencial y autobiográfico que impregna partes enteras de la novela, sobre todo las dramáticas historias de deportados que se reiteran dolorosamente en su obra.

Aunque el tono dominante del relato es la ternura y no la truculencia, aunque son ingredientes continuos la poesía y cierta ingenuidad en la observación que se nos antoja de una pureza muy rusa, con todo puede hacerse agobiante el encierro de la acción entre los muros fatídicos del cáncer y sus presagios imperativos de muerte. No se sale del hospital sino para revivir escenas de persecución o de presidio siberiano en la memoria de algunos protagonistas. En ocasiones la novela toma el paso de un informe judicial o médico, de estricta objetividad en sus explicaciones. Parece a veces que sus personajes profundos no son siquiera los sujetos humanos, sino los hilos impersonales de la tiranía, y en lo inmediato esos secretos tumores que llenan vida propia y se imponen como invisibles protagonistas: "Durante la noche del sábado al domingo, el tumor de Pablo Nicolaievich no disminuyó en absoluto, ni siquiera se ablandó...".

Resulta, no obstante, algo besta y aun cinica la acusación de "obra inhumana" que se le ha dirigido en su país. El aspecto político de esta requisitoria recae más bien sobre las conciencias

de sus propios jueces. Y en lo psicológico y médico, no hay morosidad alguna en este clima agónico. Tampoco una intención de fácil suspenso que juega con los resortes del apego a la vida, o menos aún con la fascinación paradójica que la enfermedad tiene sobre el hombre sano, como la tierra el crimen sobre los ciudadanos pacíficos. La elección de esta morbida materia obedece a razones mucho más profundas: morales. Me parece que el pabellón de cáncerosos ha atraído a Solyenitsin como un mirador privilegiado sobre ciertas situaciones límites de la existencia, como lo son el dolor y la vecindad de la muerte. Desde allí se puede radicalizar fácilmente el problema del sentido de la existencia, y el problema de los fundamentos mismos de la sociedad soviética. Pues la clave de la novela de Solyenitsin es, en todo momento, la substancia ética de sus planteamientos narrativos.

"¿Por qué viven los hombres?" Este título de un cuento de Tolstói, que uno de los cáncerosos lee y comenta a los demás, es tema de largas conversaciones entre los enfermos, y una síntesis exacta de su primera, de su única preocupación cuando ya todos los sentidos no últimos de la vida se han agotado. El hombre de nuestros días, constata Solyenitsin, está más desarmado que nunca ante la gran cuestión, ante el desafío absoluto; lo cual significa que está fuera de sí mismo. Y el hombre soviético actual no dispone, para enfrentar los abismos, sino de frágiles recetas, de fórmulas escolares que no resisten la menor confrontación con la realidad de la muerte. "Fuera los desvarios idealistas!" "Estamos hechos para la felicidad" "¡Tú formas parte del grupo!" "El hombre vive de causas comunes".

Sin duda, sólo que eso ocurre mientras uno está vivo, razona Kostoglov. El autor pondera la mezquina impotencia del materialismo, la débil "infraestructura" moral de todo un imperio. No es que el mundo capitalista en cuanto tal irradie mayor luz, por cierto, sobre estas ultimidades de la vida. Más allá de todas las denuncias que se formulan en esta novela sobre los atropellos e indignidades de la Rusia de Stalin, su principal heterodoxia parece residir en ciertas dimensiones antites de su filosofía de fondo, inaceptables para el materialismo histórico y a todas luces próximas al cristianismo: la superioridad moral —y por eso mismo total— del amor, de la bondad desinteresada, de la "caridad" en su sentido fuerte y original, por encima de todas las técnicas de manipulación de la persona; y la consiguiente necesidad de la conversión personal como fundamento del orden social.

Por cierto que esta conclusión implícita no es materia de simples enunciados o de diálogos abstractos en la novela que comentamos. Es su meollo narrativo, conducido con la profundidad y el aliento de un gran narrador. Y es sobre todo su substancia moral, que —tratándose de una verdadera novela— se disuelve del todo en su transcurso dramático, en su anécdota, en sus caracteres, diálogos y acciones. Aunque no del todo en su estructura formal, pues ésta, como he sugerido, es más bien convencional y casi decimonónica. "Pabellón de cáncerosos" constituye, con todo, una muestra ejemplar de las posibilidades del realismo tradicional, en la exploración de un mundo —la Rusia de los años cincuenta— cuyos propios límites revelan la indestructible vigencia de la idea moral y religiosa del hombre sobre las construcciones efímeras de Levitán.

A. Solyenitsin: "Pabellón de cáncerosos" [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

A. Solyenitsin : "Pabellón de cancerosos" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile